

Un cuento sobre el aula



*Fiore Maceri**

*You say you want a revolution
Well you know
We all wanna change the world.
The Beatles (1968)*

Agradecimientos

A mis compañeros, profes y estudiantes por inspirar este artículo.

Única verdad

La historia a continuación está basada en hechos reales. Los nombres de los personajes han sido alterados no por mantener su anonimato (está claro que siempre seremos *yo estudiante* y *yo profê*) sino para despersonalizar la experiencia y así observarla y juzgarla desde fuera, tal como hará el lector.

* Graduada de y Profesora en la Tecnicatura Universitaria en Comercio Electrónico (UNPAZ).

Además, las acciones y detalles relatados pueden ser ciertos e inciertos a la vez, no es necesario echar luz al respecto. Por eso recomendamos concentrarse en el mensaje más allá de la veracidad, de la misma forma que lo hace cuando comparte entre sus contactos información escandalosa sin haber cotejado las fuentes primero.

Febrero, 2021

Situémonos cuatro años y un poquito más atrás en el tiempo, en la fecha recientemente mencionada. *Efe* vive en la planta baja de un PH alquilado por algún lugar del conurbano bonaerense, donde se despierta temprano para trotar en círculos por el fondito —creyendo sacarle ventaja al encierro— y en la noche, bajo el techo de chapa que es reparo del clima y cobijo de ideas heterodoxas, planea en secreto un crimen. Ella debe de morir pronto, y cuanto antes, mejor.

Pe, para este entonces, no existe, o al menos no se ha manifestado como tal.

Ese —supongamos— martes a la hora de la siesta, el ventilador gira cansado mientras *Efe* habla con un sistema que poco entiende, porque en su última vez, hace exactamente una década, a la academia se entraba sin clicks. Un sorbo de café, “cargar archivos”, dos sorbos más, “enviar”, y aunque el mundo no se detiene —¿por qué habría de hacerlo?—, adentro suyo se produce una pausa breve, imperceptible, como si la tarde se tragara a sí misma y se reconfigurara en una especie de limbo inmutable. Sucedió. El homicidio ha sido consumado, pero no se lo cuenta a nadie, no le saca captura, no lo publica, porque aún no termina de creerse capaz de haberse atrevido. Y esa incredulidad no es dramática ni mucho menos dolorosa, sino apenas un borde filoso en la punta del pensamiento, un leve eco que dice “ya veremos cuánto te dura este intento, nena”, una sospecha de fracaso futuro que viene con tono de vieja conocida.

Acto seguido, cierra la computadora, se hace un refill y se queda sentada un rato largo mirando la nada. Recuerda su negocio, su maternidad, la lista de las compras, las cuentas a pagar, y no tiene ni puta idea de cómo combinarlo todo. No se siente capaz, pero le intriga averiguarlo. Y con esa intriga —más parecida a una intuición que a una certeza— anota sin ruido su epítafio: “lunes 8 de marzo. Comienzo de clases”.

Un lento y definitivo enamoramiento

En los primeros meses *Efe* cursa viéndose a sí misma en una pantalla, pero sin pasillos, sin cuerpos ni alientos, sin murmullos que la envuelven. A veces bajo el techo de chapa, a veces maridando posaderas con la estufa, y otras tantas con su niño a medio metro construyendo barcos en rastis. Pero sola, tan sola como antes, cuando aprendía sin nadie del ciberespacio. Una rutina poco alterada que no termina de otorgar seriedad al asunto porque todo ocurre en aquel suspenso pandémico, haciendo de los vínculos y las formas, débiles abstracciones intangibles que amenazan constantemente con romperse. *Efe* empieza a sospechar que tal vez no ha muerto y que el plan —aún secreto— ha fracasado en su más incipiente intento.

Una, dos, tres asignaturas, todas ellas incorpóreas. Pero a la cuarta sucede lo inevitable: ese lunes hubo que apersonarse, aunque aún cubriéndose los gestos y subocupando los asientos (qué irreal aquella escena desierta). Llega temprano, demasiado, vistiendo un chalequito de jean que poco abriga su ombligo descubierto y cargando una mochila prestada. Camina soltando pausas imprecisas por la vereda de un extremo al otro de los pesados bloques de ladrillo, alzando siempre la mirada, absorta, incrédula, como quien visita un paisaje inalcanzable que solo ha conocido en fotos o en sus sueños. Y fue que, parada en medio del escenario central, enmudece y siente: aquí es posible iniciar esa revolución con la que tanto fantasea. Aquí, donde la gente no calla ni se deja oprimir, en este semillero de mentes inquietas atiborrado de banderas y filosofías de las más diversas, las probabilidades de quebrar la historia y cambiar su curso se incrementan. Entonces lo sabe: “Ya no estoy probando suerte. Llegué a casa”.

Desborde y floración

Lo que ocurre en torno a *Efe* luego de ese episodio no es destacable en lo absoluto. Claro, es una más de los miles de personas que se deja atravesar por una experiencia como esta, transformadora, reconstructiva, sanadora, salvo por un pequeño detalle: las prácticas desde su rol se pluralizan y diversifican, empujada un poco por la curiosidad y otro tanto por una pulsión genuina de involucrarse en las causas de un entorno que la interpela por completo. Así, se dedica a extrapolar el límite de cada iniciativa, como si ese fuera su destino, su razón de ser y estar, como si una antigua urgencia, una deuda ancestral, traccionara en múltiples direcciones y la situara siempre en el epicentro de la acción.

Fue bajo estas circunstancias que el aula no pudo contener su desborde ni dar marco a su perfil. Las raíces estaban por todas partes: en los intercambios con quienes guían el aprendizaje –que, lejos de neutralizar su energía, la potenciaban–, en los debates colectivos con sus pares, en la reciprocidad y el virtuosismo que se establecía en cada contacto, que hacía rato habían dejado de ser solo académicos para volverse también afectivos, políticos e ideológicos. Ahí, donde las oportunidades para hacer se amontonan, hubo algo más a lo que atender. Un llamado que parecía impreso en los genes y revalidado desde la cuna, un legado del que quiso escaparse siempre –pues, oveja negra– pero que, sin embargo, le hacía coquetear con la idea de otra vocación posible. Servir a la formación de otros tenía mucho más sentido que servirle al capitalismo, o al menos eso delataba su inclinación natural a participar en la construcción y difusión de conocimiento.

Es jueves, tal vez, y toca cursar, como es usual, con el entusiasmo intacto. El ritual se repite (café, carpeta negra, banco de la primera fila, piernas en posición “indiecito” y los sentidos prendidos como un radar que devora cualquier estímulo a su paso), pero *Efe* no lo sabe, hoy será un día epifánico. Una nueva figura aparece en escena: el ayudante. Ese que danza entre medio de los dos mundos pero que aún es parte del nuestro sin dejar de aspirar al otro. Ese que no se ha conformado con solo aprender mirando la pizarra, sino que también desea seguir haciéndolo de espaldas a ella. Ese, el que encarna una esperanza en sí mismo y que le hace confesarse en voz bajita: “Yo también quiero”. *Pe* se instala así, inesperadamente, como un parásito benigno que atraviesa de punta a punta el deseo de futuro y se posiciona como fin último, como línea de llegada. ¿Qué caso tiene desoir lo que vibra dentro de uno? Ninguno, dirán ustedes, y *Efe*

también lo pensó. Por eso resuelve desplegar en todos los sentidos y hacer de la práctica cotidiana, un insumo para su incierta profesión. Cede el control de su trayectoria a *Pe* y vuelve a convencerse –esta vez también motivada por el entorno– de que *aquí y así* formulan una buena ecuación para dar origen al cambio, de esos que, no libres de batallas ni penas, trastocan y elevan la existencia de muchos.

Llegó el éxtasis en noviembre provocado por el olor a bengalas y la humedad de las serpentinas. Pasó el verano en un parpadeo, y la cuarta semana del tercer mes encontró a *Pe* de cara a los que, debió revelarles en el primer encuentro, no dejaba de sentir semejantes. Porque a pesar de haber ocultado su ombligo, conocía de memoria el recorrido (con sus atajos y bifurcaciones), las dichas y las dolencias, el insomnio, las entregas, los enojos, las jerarquías, los autores, los pasillos, las direcciones, las carencias. Conocía, como ellos ahora, el calor al contacto con esas sillas y el coraje que significa pertenecer a este universo.

Desde entonces duerme poco y habla mucho mientras se dedica a honrar la memoria de *Efe* que, lejos de haber abandonado el aula, la habita en su más floreciente dimensión.

Habitar el aula

Así aconteció, más o menos, la historia de *Efe* y *Pe*, dos representantes de distintos claustros que casualmente se conjugan en un único cuerpo y que, con ellas, pretenden dejar algún tipo de moraleja. Entonces, aunque la lectura pudiera haberle arrojado sus propias hipótesis, nos permitimos colaborar con tres aprendizajes un poco divergentes, un tanto controversiales y sin duda arbitrarios, a saber:

Habitar el aula es, en primera instancia, aventurarse a la horizontalidad. Romper con los estereotipos del siglo pasado y migrar a nuevas formas donde la colaboración, el reconocimiento y la paridad estructuran la currícula, pues no debieran existir estamentos que preestablezcan los vínculos y dominen la interacción. Al fin de cuentas, todos estamos aquí para seguir aprendiendo, ¿verdad?

Luego, habitar el aula es no conformarse con sus cuatro paredes, no encontrarla suficiente. Salir, pero no como alguien que renuncia, sino como quien recorre, contempla y absorbe. Salir, pero no para tomar aire y descansar, sino para encontrar excusas que nos mantengan en movimiento. El mundo no se arregla solo. Salir. Descubrir otras verdades que interpelen la nuestra, hallarnos acompañados en la lucha, sabernos útiles, imprescindibles, necesarios, valorados.

Habitar el aula es, ya con esto damos cierre, dejarse habitar por ella también. Defenderla como una bandera, como una gran esperanza, y con ella defender sin más el derecho inalienable a ser mejores humanos.